

De Cortázar a Melo en *La obediencia nocturna*

Nina Crangle

Juan Vicente Melo (Veracruz, 1932-1996), desde su primer título de relatos, *La noche alucinada* (1956), pasó a formar parte de una generación de ruptura conocida como Generación de Medio Siglo, integrada, entre otros destacados artistas e intelectuales, por Juan García Ponce, José de la Colina, Tomás Segovia, Inés Arredondo, Huberto Batis, Salvador Elizondo, José Emilio Pacheco, Carlos Monsiváis y Sergio Pitlor, quienes señalaron una dirección inédita a la literatura mexicana del siglo xx.

Esta generación, también llamada “de Los Cincuenta”, marcó un partaguas respecto de sus predecesoras, no sólo por los temas que aborda sino también por el crisol de sus intereses, siempre a la par de la obra estrictamente narrativa o poética: ensayo, traducción, crónica, cine, teatro, música, gestión y periodismo culturales. En su espléndido prólogo (“La literatura a flor de piel”) a *Cuentos completos* –volumen incluido en la serie Obras Juan Vicente Melo, publicada por la UV y a la que pertenece esta novísima y necesaria reedición de *La obediencia nocturna*– escribe Luis Arturo Ramos: “Sus intereses escriturales se orientan más a indagar el comportamiento cotidiano del Yo perso-

nal y sus orillas, que a hurgar y/o especular en la conducta colectiva de los sectores marginados y sus antagonistas y explotadores históricos” (2016, 18-19).

Y la obra toda de Melo, tan apegada a su biografía, no hace sino hurgar, desde la obsesión y la culpa, en ese yo rimbaudiano que es también el otro. No sólo resulta ocioso sino irrelevante apuntar si Melo escribió poco o no, si consideramos que sus *Cuentos completos* alcanzan casi las cuatrocientas páginas y que es autor además de una noveleta póstuma, *La rueca de Onfalia* (uv, 1996). Más bien se le daban periodos de un silencio fecundo, tal como lo describe Rafael Antúnez:

Juan Vicente Melo, a quien este tema (el silencio como una estética o, si se quiere, como una ética) le fascinaba (él mismo fue un escritor que guardó silencio durante mucho tiempo), solía decir que “escribir no es sinónimo de publicar”. Una frase que, a ojos de muchos, muchísimos escritores, es poco menos que una blasfemia (2013, 85).

Melo tuvo su periodo más productivo, en cuanto a creación narrativa y crítica literaria y musical,

en los sesenta. En 1962 vendría el segundo volumen de cuentos, *Los muros enemigos*, y en 1964, *Fin de semana*; dos años después, su *Autobiografía*, que él mismo califica como “precoz”. Y ya para cerrar esta década, en 1969 aparece su primera novela bajo el sello de Era, *La obediencia nocturna*, “magistral remate de una brillante década de narrativa mexicana, la de los sesenta [...] No es una novela hermética, puesto que muestra sus claves. Es una novela subjetiva, la más bella de cuantas se escribieron en la brillante década de los sesenta”, a decir de Vladimiro Rivas (2000).

Pasarían casi veinte años para que *La obediencia nocturna* conociera una nueva edición, la de Lecturas Mexicanas, publicada por la SEP en 1987, y cuya cuarta de forros, en este fragmento, resume bastante bien su tan intrincada y nebulosa trama:

El narrador de *La obediencia nocturna* se halla envuelto en una vasta e inexplicable conspiración en la que desempeña el papel de víctima. Perseguido por el recuerdo fantasmal de su hermana Adriana, confundido por las equívocas señales de los sentidos y las imágenes contradictorias

que le ofrece la memoria, se aplica a descifrar un misterioso cuaderno que ponen en sus manos Marcos y Enrique, dos compañeros de estudios cuyas identidades parecen ser intercambiables, y se esfuerza por alcanzar a una Beatriz ideal y escurridiza, cuya última realidad es sólo un nombre y una fotografía.

Al paso del tiempo, y en los últimos años, esta novela capital e inagotable en lecturas dentro de la bibliografía del autor veracruzano ha ido sumando cada vez más lectores, curiosos e interesados en desentrañar el indescifrable cuaderno del señor Villaranda, en aprehender a una escurridiza Beatriz y, ¿por qué no?, descender junto con el narrador-protagonista a la oscuridad de la noche. Pero además de lectores, Melo ha atraído la atención de numerosos críticos y estudiosos a esta y al resto de su obra narrativa, incluso a su biografía. De tal modo que mucho se ha señalado la música que Melo escuchaba y sobre la que también escribió (*Notas sin música*, FCE, 1990), y los autores ajenos a su tradición que tanto quiso y leyó, y a los que acusaba cierta deuda: Faulkner y Julien Green, Emily Brönte y Malcolm Lowry, Camus y Céline, Thomas Mann y Dashiell Hammett. Sin embargo, Melo, en sus numerosos ensayos literarios y reseñas, dispersos en revistas y suplementos –*Revista Mexicana de Literatura*, *S.Nob*, *La Palabra y el Hombre...* –, y aún no reunidos por increíble que parezca, revelan el aprecio que sentía por sus colegas cercanos, compatriotas e hispanoamericanos.

Una búsqueda profunda y atenta sobre esta labor casi olvidada de Melo, la de crítico literario, desplegada en aquella su época dorada, la década de los sesenta, sin duda nos daría más de

Al paso del tiempo, y en los últimos años, esta novela capital e inagotable en lecturas dentro de la bibliografía del autor veracruzano ha ido sumando cada vez más lectores, curiosos e interesados en desentrañar el indescifrable cuaderno del señor Villaranda...

una sorpresa, porque para nadie es un secreto que la obra de Melo, en particular *La obediencia nocturna*, expone, entre otras, sus conexiones entre la música y la literatura, pero no sólo con su literatura, ya que deja ver los vasos comunicantes que como lector mantuvo con tradiciones más próximas a la suya, en especial con ciertas obras producidas durante el llamado *boom* latinoamericano.

En el universo que Melo construye (y destruye para volver a construir) en *La obediencia nocturna*, sobresalen la clonación de los personajes y el entrecruce de sus destinos. El *yo* que es *otro* se ve reflejado en un juego de espejos en el que las duplicaciones y las inversiones de roles parecen corresponder a un ritual cíclico donde todos, que son Uno, buscan lo mismo: la permanencia, la continuidad de la vida en un idéntico universo, único y cerrado, el del Paraíso.

Y es en este contexto que surge Gwendoline, un personaje sin relación aparente con el resto de la

historia y de los otros personajes. En tan sólo 10 páginas (176-186, y a ocho de finalizar la novela), en la trama nace y muere Gwendoline, uno de los personajes femeninos más entrañables y conmovedores que Melo haya trazado, sólo después de la señorita Titina (“Sábado: El verano de la mariposa”). ¿Y de dónde viene Gwendoline? Ella es un maniquí que Tula, la sirvienta, lleva a vivir al departamento del narrador-protagonista. Pero es la voz de Tula la que introduce y desarrolla su historia en el relato, en tanto vacía rebosantes vasos de alcohol:

— Sí, Gwendoline. La maté —dice mientras se sienta, enciende un cigarro, se sirve un vaso de ron, limpia los lentes y me mira, triunfal—. [...] Seres como Gwendoline. A usted no le gustaba, sí sí, no diga nada, no ponga esa cara como si de verdad, sinceramente, sintiera que Gwendoline haya muerto. Recuerde: “No soporto esta cosa horrenda, aquí en mi casa”, eso decía usted (2016).

Y es Tula quien continúa narrando la historia del maniquí hasta que finalmente lo lanza al vacío y éste se fragmenta por los suelos. Así, Tula es otra de las voces que orquestan el relato con el fin de presentar a un nuevo y fugaz personaje.

Gwendoline era bonita, muy bonita, un trabajo bien hecho, perfectamente terminado, de buena calidad. Un maniquí que causaría la envidia de los grandes modistos del mundo y de las más caras costureras del país. [...] Querida Gwendoline, le dije en una penosa ocasión, yo te quiero mucho y para mí representas lo único que tengo en el mundo, pero todavía hay clases. Yo soy la

criada, el señor es el señor, y tú eres un maniquí. Lloró, pero ahora muy triste.

Gwendoline, luego de que Tula la rescatara del aparador de una sastretería, pesos de por medio, permanece en el departamento, se transforma poco a poco en una tirana insoportable y caprichosa, espía a hurtadillas a los contertulios de las ritualistas fiestas nocturnas del señor de la casa, se enamora de uno de ellos sin posibilidad alguna de ser correspondida, bebe vasos y vasos de ron a deshoras... Nada humano le era ajeno a su nueva humanidad de cartón piedra, salvo que Gwendoline no paraba de vomitar pescaditos.

Ocho años antes de la aparición de *La obediencia nocturna*, Melo había publicado en *Revista de la Universidad de México* una reseña muy elogiosa sobre *Los premios* de Julio Cortázar, novela aparecida el año anterior, que comienza así:

Autor de tres excelentes volúmenes de cuentos (*Bestiario*, 1949; *Final del juego*, 1956; y *Las armas secretas*, 1959) y una de las figuras más originales de la literatura hispanoamericana de nuestros días, Julio Cortázar (1916) nos ofrece ahora su primera novela, consecuencia y resumen a la vez de sus trabajos anteriores.

“Nos conformamos con dejar constancia de una excelente novela, de un autor que no nos resulta indiferente” (1961), concluye Melo su texto, pero dos párrafos antes, como el crítico brillante que era, se permite una serie de consideraciones sobre el Cortázar cuentista:

La alucinación de la realidad, la batalla librada entre el sue-

¿Cuánto de lo escrito por Melo en esas líneas sobre Cortázar podría remitirnos a la novela que nos ocupa? La admiración y el respeto de nuestro autor por el narrador argentino son más que explícitos; Melo parece resonar de manera profunda con la obra de Cortázar.

ño y la presencia, entre lo cierto y lo ya vivido, entre lo anterior y el presente concreto, vienen en “Axólotl”, “Las babas del diablo”, “El móvil”, “La puerta condenada” y “La noche boca arriba”, cuentos en los que Cortázar inventa y sostiene una nueva y áspera visión del tiempo dislocado en el juego de la fantasía, y en la lenta y dolorosa acusación de la servidumbre humana.

¿Cuánto de lo escrito por Melo en esas líneas sobre Cortázar podría remitirnos a la novela que nos ocupa? La admiración y el respeto de nuestro autor por el narrador argentino son más que explícitos; Melo parece resonar de manera profunda con la obra de Cortázar, hasta tal punto que podríamos afirmar que estamos frente a dos escritores pertenecientes a una misma tribu y que Melo bien podría mirarse en el espejo de aquél.

De tal modo que si en la novela del mexicano los lindes entre

la alucinación y la realidad nunca son claros, ni el tiempo conoce comienzo ni final y el juego de la estafeta amenaza con condenar a los personajes, ¿por qué no –aventuramos– incluir, a manera de homenaje, a un personaje como Gwendoline y sostener así un diálogo “literario” con el autor de “Carta a una señorita en París”? Recordemos que al narrador-personaje de ese relato, el segundo de *Bestiario*, libro que Melo consigna conocer, le da por vomitar conejitos. Ambas historias, la de Gwendoline y la del personaje cortazariano, comparten muchos rasgos (además de los obvios vómitos inusuales que terminarán por estropear los mundos establecidos que habitan): desengaños y penas de amor los conducen a vivir en el departamento de otro para ingresar a un orden cerrado, son encarnaciones sufrientes sin sosiego ni consuelo, dependen por completo de la aparente bondad de otros seres (Tula y Sara, las más que celosas sirvientas) y los dos se verán arrojados al vacío como salida última a sus penosas existencias.

Se dice que el universo personal de un escritor es igual al de todos los hombres. Y Melo, en sólo 10 páginas, consigue vincular parte del suyo con una fracción de otro, el del Cortázar de “Carta a una señorita en París”. De manera inquietante, Luis Arturo Ramos presume en el prólogo citado que “Melo escribe de sí mismo porque describe a alguien similar a sí mismo. Tal vez esa sea la condena del escritor auténtico: la imposibilidad de apartarse de sus creaturas”. Y la de las creaturas ajenas, añadiríamos.

Tal vez sea así. Lo cierto es que a nosotros, que también hemos sido expulsados del Paraíso, nos resultará imposible apartarnos de Gwendoline y del anónimo remitente creado por Cortázar; pues aun cuando hayamos concluido



Red de Indra. De la serie Fragmentos

esta novela, continuaremos siendo testigos del fragor de las batallas que libran entre sí y consigo mismos –desde la obsesión y la culpa, en una fría soledad en la que caben la alegría, los recuerdos, us-
ted y acaso más–, antes de verlos siquiera desplegarse por los aires mientras el sol se desploma con luces de sangre y fuego. **LPyH**

REFERENCIAS

- Antúñez, Rafael. 2013. *Nostalgias de un fumador y otros ensayos*. Xalapa: Ivec.
- Cortázar, Julio. 2004. “Carta a una señorita en París”. En *Bestiario*. Xalapa: Universidad Veracruzana, Col. Carlos Fuentes.
- Melo, Juan Vicente. 2016. *La obediencia*

A nosotros, que también hemos sido expulsados del Paraíso, nos resultará imposible apartarnos de Gwendoline y del anónimo remitente creado por Cortázar.

nocturna. Serie Obras Juan Vicente Melo. Universidad Veracruzana: Xalapa.

—. “Julio Cortázar: *Los premios*”. *Revista de la Universidad de México*, núm. 1, septiembre de 1961, p. 31.

Ramos, Luis Arturo. 2016. “La literatura a flor de piel”. En *Cuentos completos*. Serie Obras Juan Vicente Melo. Xalapa: Universidad Veracruzana.

Rivas, Vladimiro. “Juan Vicente Melo”. *Letras Libres*: México, septiembre de 2000.

• **Nina Crangle** es editora de la uv. Propuso, gestionó y editó la serie Obras Juan Vicente Melo, conformada por *Autobiografía*, *La obediencia nocturna* y *Cuentos completos*.